

## **CRUZ PROCESIONAL RENACENTISTA**

Segunda mitad del siglo XVI. Taller anónimo

Bronce, 65 cms.; 37 cms.

Ingreso: Comisión Provincial de Monumentos de Ourense

Nº de Inventario: CE000541

Esta cruz procesional, realizada en bronce, estaba destinada a cubrir las necesidades diarias del culto divino de una feligresía que desconocemos. Tampoco se sabe el artista que la realizó, que bien se pudo tratar de un artesano ourensano, o como la documentación deja reflejado en tantas ocasiones, pudo ser comprada en un centro foráneo como por ejemplo Santiago de Compostela, lugar desde el cual llegaban abundantes piezas de metal relacionadas con el culto.

Las cruces procesionales son una de las joyas esenciales para la celebración del culto en cualquier iglesia parroquial y el mejor testimonio de la calidad de la orfebrería, tanto del ámbito rural como urbano. La cruz simboliza el sacrificio que Jesucristo hizo por la humanidad, él llevó su cruz a cuestas, murió en ella y por ella. De este modo, es un símbolo que para el cristianismo viene a expresar tanto el suplicio por el que pasó el Mesías como su misma presencia. De hecho, es común que en una iglesia se repita hasta la saciedad la representación de la cruz (cruz procesional, cruces de altar, *via crucis*, Cristo crucificado, cruz coronando el campanario, crucero en el camposanto...).

Este tipo de piezas estaba destinado a presidir las celebraciones de mayor relevancia de la feligresía: procesiones, entierros... La calidad de las mismas variaba en gran medida atendiendo a factores varios, como pueden ser su tamaño, el material del cual estaban compuestas, la mano del artista ejecutor... Lo ideal era que cada templo contase con una cruz procesional de plata para presidir las celebraciones más significativas, pero no todas las iglesias se podían permitir un lujo deste tipo. Hay que tener en cuenta que la realización de una de estas piezas generalmente suponía un gran esfuerzo para los feligreses que después la iban a disfrutar, no se debe olvidar que se

está hablando de una materia prima cara. Así, la documentación de las últimas décadas del siglo XVI y primeras del XVII refleja como algunas feligresías, especialmente las más pobres, se tenían que servir de cruces procesionales de madera pintada. Pero también es cierto que estos casos no eran muy frecuentes, cualquier comunidad aspiraba como mínimo a adquirir una cruz por lo menos de metal. La plata estaba reservada para aquellas iglesias que contaban con un amplio número de feligreses y que eran capaces de recoger una buena cantidad de diezmos y primicias que las situaba en un nivel económico desahogado. También hay que tener en cuenta que la llegada de una cruz de plata a un templo podía darse por diversos cauces; pagada por los propios feligreses, fruto de una donación, comprada con el dinero de una cofradía...

Son varios los ejemplos de cruces de estilo gótico de las que se tiene conocimiento a lo largo de la geografía española, en el mismo museo de la catedral de Ourense se custodia la llamada “cruz preciosa” donada por el conde de Benavente por los agravios causados a la fábrica de la catedral durante sus luchas nobiliarias con el conde de Lemos en 1475. Aunque concebida conforme a las premisas del gótico, en algunos aspectos ya avanza aires de renacimiento, estos aires ya se manifiestan con mayor intensidad en otras piezas que datan de las primeras décadas del siglo XVI, como la cruz parroquial de Santa María de Mugares (Toén), la de San Juan de Laxas (Boborás)... sin embargo el número de cruces conservadas en la diócesis se acrecienta a medida que se avanza en el tiempo, siendo varios los ejemplos de obras que se ejecutan en la segunda mitad del siglo XVI y en los primeros años del siglo XVII conforme al quehacer del renacimiento plateresco y que aún en la actualidad pueden cumplir su función. Pasadas las primeras décadas del XVII, se pone de moda en la diócesis un tipo de cruz donde prima la sobriedad clasicista, dejando de lado ese repertorio decorativo plateresco. Esta nueva moda fue introducida por dos orfebres de Valladolid que se acercan hasta Ourense para cumplir unos encargos: Juan de Nápoles y Marcelo de Montanos. Este tipo de cruz procesional fue muy reproducida incluso hasta finales del siglo XVII cuando los gustos barrocos ya estaban acomodados en todos los campos de las artes. Ejemplos de estas

piezas son la cruz de Santiago da Medorra (Montederramo), Santiago de Zorelle (Maceda), Santa María de Boazo (A Teixeira)...

Las cruces procesionales de plata, llegaban a ser auténticas obras de arte, y sus artífices se inspiraban en otros campos para llevar a cabo sus cometidos, tal es el caso de la arquitectura o de la escultura. Numerosos son los ejemplos de cruces conservadas de los primeros años del siglo XVII, donde las macollas se conciben como auténticas obras arquitectónicas (se llegan a estructurar como templetos de varios cuerpos donde se juega con la alternancia de los órdenes clásicos y toda una serie de elementos a ellos afines). Se poderían citar ejemplos como el de la cruz de Santa Eulalia de Banga (Carballiño), San Bartolomé de Baltar (Baltar), San Juan de Baños (Bande)... Pero además de esto, el orfebre tenía que ser conocedor de unas nociones más o menos básicas de iconografía, ya que estas piezas muchas veces eran auténticas lecciones en este campo. Como norma general, en la intersección de los brazos de la cruz, en el anverso, era común sobreponer la imagen de un crucificado con la representación de la Jerusalén celeste de fondo; sin embargo, el reverso se preservaba para una representación de la advocación del templo al que fuese destinada la alhaja. Ejemplo de esto es la variada iconografía que Bernardino de Velasco proyecta en los primeros años del siglo XVII para la cruz de Santa María de Prado de Miño (Castrelo de Miño) o la iconografía que se detalla en la escritura de contrato entre los vecinos de Santa Marina de Loureiro (O Irixo) y el platero Miguel Rodríguez en el año 1610; debía de ser *“...de peso de doce marcos poco mas o menos con una imaxen de santa mariña en el medio y en la otra parte un xpo y del lado del xpo los quatro evanxelistas y de la parte de la figura de santa marina un Dios padre y de cada lado san rroque y san Sebastián y en lo baxo la madalena y la arbol della a de ser de la hechura de la cruz del ospital desta ciudad eceto el pie que tiene de ser de una lanterna con sus clunas –columnas- y sus rresaltos y seis apostoles en las capillas que tienen de hir en el pie y en lo vaxo donde se rrescribe la lanterna seis serafines toda la qual a de ser obra bien echa y vien labrada...”*.

Cuando una iglesia se decidía a comprar una cruz de metal, lo normal era adquirir piezas de cierta sobriedad, sin alcanzar la riqueza decorativa de la

que goza este ejemplar. Muchas localidades pequeñas contaban con cruces de metal (latón, azófar, bronce...) que sin duda resultan menos costosas que las de plata. Solían ser de una sola pieza, estando formado el árbol por unas placas de metal de mayor o menor grosor, pero sin recurrir a la utilización del alma de madera que se empleó en nuestro exponente.

Sigue el tipo más característico del renacimiento. En forma de cruz latina de brazos ligeramente abalaustrados que parten directamente del cuadrón central con forma circular, y terminaciones romboidales centradas por medallones, en los cuales se insertan unos querubines alados. En el cuadrón del anverso aparece sobrepuesto un crucificado de tres clavos, de cuidado estudio anatómico, con la cabeza y las rodillas inclinadas hacia su lado derecho. El reverso, que suele ser el lugar reservado para la representación de la advocación del templo, queda desprovisto de imaginería. Bien podría ser que el Cristo fuese un añadido posterior a la cruz, y que ésta en su día estuviese desprovista de imaginería, o que primitivamente contase con algún tipo de figura en el reverso que no hubiese llegado hasta la actualidad. El nudo, de forma esférica queda dividido en tres registros horizontales mediante unas líneas lisas. Tanto las planchas del árbol como la macolla presentan una tupida decoración a base de roleos, primando lo ornamental sobre lo arquitectónico. La ornamentación empleada es la típica del plateresco, con decoración *a candelieri*, que se repite hasta la saciedad en las cruces de esta época. Son también motivos muy recurridos en estas fechas las guirnaldas de telas, las hojas y las frutas que se enlazan, los mascarones humanos o animalísticos, jarrones con frutas e incluso esas costillas o nervaduras dispuestas en la macolla que dividen el campo decorativo de la misma en secciones verticales. Parte de los remates de los brazos se perdieron, dejando entrever el alma de madera que sirve de base para las planchas de bronce que la recubren. El cañón se concibe desprovisto de cualquier tipo de ornamentación.